

L. B. SILVA

Farewell City

Nova Casa Editorial

SINOPSIS

“Farewell City es lo poco que ha quedado de América.

En ruinas, se mantiene viva gracias a la valiente colaboración de los Guardianes. Día a día, el gobierno aporta un granito de arena para hacer de la ciudad olvidada un lugar mejor. Farewell cambiará con mucho esfuerzo, el virus finalmente se irá y nuestros habitantes podrán vivir sin necesidad de mirar detrás del hombro todas las noches. Los Iluminados (normalmente llamados Rebeldes) perderán la batalla y, finalmente, la responsabilidad y la sabiduría ganarán.”

Todo lo que has oído es mentira. Lo que escuches en la televisión es mentira. Lo que tus padres digan es mentira. Farewell fue destruida por su propio gobierno cuando este decidió crear aquel virus que se llevó millones de almas y dejó tras de sí solamente a personas sin sentimientos. Farewell es una ciudad dividida entre el bien y el mal, entre los sentimientos y la frialdad.

¿De qué lado estás tú?

*A Anilú,
mi primer fan.*

DEDICATORIA

Son muchas las personas que estuvieron conmigo en este largo viaje, junto a los personajes de manera involucrada o sin saberlo. Todo este sueño no sería posible si no fuera por los lectores de Wattpad, amigos y familiares. Llevo muchos años con *Farewell City* bajo el brazo y no puedo nombrar a todas las personas que dieron su granito de arena para darle vida.

Gracias a todas las personas que ayudaron en esta historia. Desde Anilú, hasta Lucila, quien me incentivó a enviar el manuscrito. A las personas que me ayudaron en el inicio, en la historia de rol y a todo el que alguna vez estuvo involucrado. A mis padres, mis hermanos, mis tíos, mis primos y a mis abuelos. A las personas que me dijeron que nunca iba a llegar a nada, porque siempre me dieron más energía de intentarlo. A Nova Casa Editorial, por la gran oportunidad. A Mayra, Daiana, Mariana, Santiago, Guldán, Florencia, Fernando, Alejandro, Beto, Fany, Liliana, Paula. Gracias a Zela, por **tanto**.

Y gracias a los **Iluminados**, que juntos podemos vencer a los **Guardianes** en todo momento.

PRIMERA PARTE

Molly Davies siempre ha entendido que es especial, vive en un laboratorio junto a su mentor, entrenándose día a día para ser mejor cuando él ya no esté. Ha pasado 18 años entrenándose en los pasillos del laboratorio, pero aún su mentor no le permite ver la luz del día. Hasta que ellos llegan a buscarla. Se dicen llamar Iluminados, pero son personas tan simples como ella. Sienten, como ella también lo hace, y en medio de un ataque al lugar en el que se crió, debe unirse a ellos. Personas desconocidas, llenas de sentimientos que desbordan y la dejan sin aire. Es capaz de enseñarles todo lo que necesitan saber, pero ella no sabe lo importante que es. No conoce la leyenda que lleva su nombre, ni lo que ignora por haber vivido en las sombras.

PREFACIO

Diario Virtual encendido.

TRANSMISIÓN INICIADA.

¿Cómo ha empezado todo esto? Ya no lo sé. Lo he olvidado o me lo han hecho olvidar con el tiempo. Recuerdo mi nombre, mi apellido, mi edad, pero aun así los cambio para poder seguir adelante y no perderme entre los Guardianes. Si encuentras esta grabación y no sabes de lo que hablo, te lo explicaré por partes.

Mi nombre era Jacob, pero ahora no importa cuál es. Soy uno de los pocos sobrevivientes en la tierra. Uno de los pocos humanos que aún sienten. ¿Cuántos quedamos? Ni yo lo sé, pero te lo explicaré.

Lo que te contaré se ha pasado de boca en boca. Yo no existía cuando el mundo se terminó o por lo menos para los de mi raza. Para ti no se ha terminado, si es que estás escuchando esta grabación. La gente comenzó a perder la cabeza en sus acciones. Comenzaron a matarse, comenzaron a perderlo todo en un abrir y cerrar de ojos. Las relaciones ya no eran lo mismo. La locura caminaba entre nosotros y las mentiras eran parte de nuestro lenguaje. Existían en la televisión, en la gente, en donde se mirara. La gente moría por amor, violencia, tristeza o simplemente porque sí. Las mujeres quedaban embarazadas de jóvenes, sin maridos, sin amor, sin querer al niño que iban a tener. La violencia seguía creciendo: armas nucleares, asesinatos, rehenes... nada tenía sentido. El mundo se había vuelto loco y nadie podía detenerlo.

Hasta que alguien lo hizo.

El gobierno.

El gobierno había unido a una cantidad increíble de científicos en nuestro mundo, inteligentes, superdotados, capaces de crear lo imposible... y lo crearon, créeme, crearon lo imposible. Crearon un virus capaz de quitarnos los sentimientos. Las risas, las lágrimas o las pasiones. Lo crearon y nada tuvo sentido a partir de eso. Lo enviaron al aire, al agua, a la comida. Lentamente el mundo comenzó a perder sentido y la gente dejó de odiarse, dejó de asesinar, pero también dejó de quererse... dejó de amarse.

Algunos no lo hicieron.

Yo fui el primero en descubrirlo.

Con 17 años descubrí que sentía. Mi padre era un hombre importante en el nuevo mundo llamado Farewell City, quien no toleraba mis cambios de humor. Él sospechaba, claro que lo hacía. El bastardo era un gran genio también y cuando me descubrió llorando frente a la fotografía de mi madre trató de matarme. Escapé, como te puedes dar cuenta, corrí tratando de salvar mi vida y me interné en la peor parte de Farewell City... deseando morir como lo hizo mi madre. La historia es larga, pero simplemente para resumirla te contaré lo que encontré. Encontré a otros como yo. Encontré muy lentamente a personas perdidas,

incapaces de volver a sus hogares y que sentían, como yo. Lloraban, reían, amaban. Los llamé *Iluminados*, porque éramos una luz en la oscuridad. Mientras descubría que ellos se hacían llamar *Guardianes*. Peleamos, vencimos, perdimos y la eterna guerra se vivió. Una guerra que sabíamos que no podíamos ganar, pero que podíamos pelear. De eso se trata en las guerras a veces.

El mundo ya no es el mismo. Hemos perdido todo. He perdido todo. Esposa, hijos, amigos, compañeros y padres. Existimos porque deseamos pelear, pero si nos detenemos a pensar por qué, realmente no lo sabemos.

Si te encuentras solo, perdido, entre la niebla de Farewell, ven al cuartel y se parte de los nuestros. No todo está perdido y tú puedes ser uno de nosotros. Si eres un Guardián, y escuchas esto, ten cuidado, porque estamos en todos lados. Somos muchísimos, más de los que te imaginas, y ya no somos niños, somos adultos. Y si eres mi hija Molly Davies, la salvadora, escuchando está conversación de este hombre viejo que tiene mil explicaciones que darte, por favor, ven con nosotros. Sálvanos, te necesitamos. Te necesito.

FIN DE LA TRANSMISIÓN.

INICIO

—¡Alto ahí!

Sus pasos se hicieron cada vez más rápidos y sonoros mientras avanzaba en la oscuridad. El miedo le daba la bienvenida a uno de, tal vez, sus últimos momentos con vida. Había sido entrenada para tal momento. Por años su mentor le había enseñado a sobrevivir y sobre todo a escapar de las personas que iban a querer asesinarla sin dudarle. Ella había aprendido a sobrevivir, pero esta era la primera vez que lo demostraba, que tenía que usar sus enseñanzas para salir adelante. No tenía miedo, pero no podía evitar sentirse extraña. Los arduos años de enseñanza, dolor y sangre se marchaban de ella como un recuerdo casi olvidado de la niñez. Pronto se vio incapaz de ser una persona con las capacidades suficientes como para sobrevivir en aquel apocalipsis.

Escuchó sus pasos, cada vez más fuertes y cerca de ella. Seguramente aquellos hombres que habían asesinado a su mentor tenían más entrenamiento que ella. Solamente era una chica de diecinueve años, había sido entrenada para sobrevivir, pero era diferente ponerlo en práctica. Los Guardianes no iban a dudar como ella, iban a actuar como asesinos. Eso eran: asesinos sin sentimientos, no les importaba quitarle la vida. Podrían asesinar a niños de cuatro años y tampoco sentirían la culpa que uno sentía cuando con sus propias manos lograba quitarle la vida a otro. Ella sabía eso, por lo tanto, no iba a rendirse o a tratar de enfrentarlos. Su tutor estaría avergonzado de ella, ya que había nacido para sobrevivir, pelear y ser fuerte. Un Iluminado fuerte, pero ella era incapaz de tal cosa. Sentía el miedo ganar y no podía ni siquiera comprender el porqué.

Parecía que su cuerpo jugaba contra sus propias emociones. La oscuridad reinó en instantes. Se detuvo en seco cuando notó que se encontraba en un pasillo sin salida. Había vivido toda su vida en aquel laboratorio abandonado, pero nunca había notado aquello. ¿Existía realmente un pasillo sin salida o estaba perdida? Golpeó con sus manos el lugar con fuerza, lastimándose los nudillos y como ella pensaba, la pared desapareció lentamente, alejándose de ella con la misma facilidad que había ejercido la chica. Sus ojos azules brillaron de victoria, comenzando a correr por aquel lugar secreto que su tutor seguramente había creado. La alarma empezó a sonar, chasqueó la lengua con desaprobación porque sabía qué significaba aquello. Alguien había forzado la entrada. Seguramente habían entrado a escondidas por algún lugar que ella desconocía y ahora peleaban por romper la puerta principal. Los pasillos estaban tan desolados como oscuros, una luz roja parpadeaba al mismo ritmo que la alarma y por minutos se preguntó si aquello iba a terminar o simplemente sería eterno. Se imaginó la vida corriendo y corriendo por salvarse, pero cuando su mente ideó ese plan... su cuerpo chocó contra otro.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —exclamó horrorizada, tratando de escaparse sin lograrlo. Las manos ajenas se habían apoyado en sus brazos impidiéndole escaparse. Pero ella era más

rápida, golpeó con su cabeza la frente de la persona logrando que se tambaleara y echó a correr.

El pasillo volvía a estar desolado cuando dejó a aquella persona en el suelo lamentándose lo que había sucedido. No necesitó pensarlo dos veces para empezar a correr. Era una lástima que se encontrara descalza, porque cada vez que podía se cortaba o lastimaba con algo en el suelo. Cuando menos lo creyó posible, patinó con un charco en el suelo de algo que desconocía. Nuevamente unas manos tomaron sus brazos imposibilitándole escapar. Esas manos no eran feroces como las otras, sino algo suaves, pero firmes.

Abrió los ojos y observó a su asesino: se encontró con un hombre grande, pero no más que ella. Debía de tener unos veintitrés o veinticuatro años. Su rostro era agradable, casi familiar. Le llenó de una tranquilidad que ni ella conocía, pero le agradaba vivir o sentir. ¿Eso se sentía a la hora de morir o simplemente estaba delirando por completo? El hombre le sonrió de lado y al hacerlo pequeños hoyuelos se crearon en sus mejillas trayendo aún más tranquilidad.

—¿Molly Davies? ¿Eres tú? —preguntó con seriedad, comenzando a caminar hacia un lugar del pasillo que se usaba para guardar escobas o simples cosas de armarios. Su nombre en sus labios sonó extraño, casi con normalidad, aunque no existía tal cosa en ese encuentro. Molly lo observó asustada, con sus grandes ojos azules llenos de preguntas. Temblaba, él pudo notarlo, pero no comentó nada sobre eso—. No estamos aquí para lastimarte, no nosotros. Han entrado al lugar Guardianes y yo soy un Iluminado.

Su rostro se iluminó, contenta por encontrarse con otro de ellos. Soñó con besarlos de alegría. Se sonrojó al instante al entender lo erróneos que estaban esos pensamientos: seguramente el chico la golpearía si ella hacía tal cosa. Los sentimientos estaban últimamente sobrevaluados, además, Molly no sabía cómo comunicarse con otras personas. Había pasado la vida con su tutor bajo un laboratorio, estudiando todo lo necesario para sobrevivir a una guerra. El hombre la observaba asustado, como si temiera por su vida. También notó que sus manos ahora no ejercían demasiada fuerza y que lentamente el suelo parecía girar.

—¿Eres Molly Davies?! ¡Responde! —volvió a pedirle, pero cuando ella trató de articular palabras, solo consiguió balbucear cosas inentendibles. Frente a ella, aquel hombre enloquecía ante su silencio. No podía responderle con la verdad, ella era Molly, pero no sabía si podía comunicarles a las personas que lo era.

—Por supuesto que es Molly Davies, Owen. Mira sus ojos, son idénticos a los de él —dijo una voz detrás de él, asustándola aún más. Observó a la persona que le hablaba, parecía un poco más grande, pero aun lucía como un joven. Aunque eso era confuso. La oscuridad no le dejaba ver más allá de un cuerpo con un arma. Molly se estremeció horrorizada al entender que iban a asesinarla. La llamaban por su nombre porque iban a terminar con ella, como su tutor había temido tantos años. Lo sabía—. Muévete, debemos ir con Gabriel.

—Eres un idiota, Went. Le has dado un susto de muerte —se quejó el chico llamado Owen. Su rostro seguía siendo amigable y cuando observó a Molly, ella sintió que la trataba con dulzura. Como si fuera algo único en el mundo y él debía cuidar—. Escúchame, Molly, te sacaremos de aquí. Has sido activada y vas a salvarnos de la guerra. ¿Me escuchaste?

¿Guerra?

Sí, ella lo había escuchado, pero el suelo y el mundo en general, volvía a girar en círculos dejándola incapaz de soltar una maldita palabra. Molly caía al suelo y era incapaz de decirle al chico que no tenía ni idea de cómo salvar al mundo de la guerra.

Su mente vagaba, entre la realidad y la fantasía. Había soñado con todo tipo de colores, aunque su tutor siempre le había dicho que se soñaba en blanco y negro. Ella no estaba segura en aquel momento. Lo vio en sus sueños, sonriéndole, pero lejano como la luna y tan misterioso como ella. Quiso acercarse a él, pero se alejó lentamente y le fue imposible. Supo que lo había perdido, que su tutor se había marchado para siempre. Moritz la había abandonado y al mismo tiempo había abandonado el mundo.

No sabía realmente qué sentir, qué creer. No sabía si llorar o lamentarlo en silencio. Pero su tutor había entrenado a su «hija», como él la llamaba de broma, para la lucha diaria. Molly sabía que no era lo correcto llorar por él, ya que le decía que la vida era una aventura y la muerte era una aún más divertida. Se había marchado, dejándola sola en un mundo que desconocía. *Farewell City*, ese era su mundo, o mejor dicho su ciudad, y la única en la Tierra donde se podía habitar. Por muchos años leyó y estudió mapas de países que ya no existían, aun así, su tutor la obligaba a tal cosa y Molly creyó que en un momento de su vida eso iba a servirle para algo. Una lástima el no saber para qué. Sus clases eran complicadas, pero él había aprendido a crearle un horario. Los días se alternaban. En algunos solo estudiaban sentados en uno de los bancos del laboratorio y en otros solamente entrenaban, donde sus palabras solo eran retos u órdenes. Ella no odiaba a su maestro, había aprendido a amarlo como era: misterioso e incapaz de responderle una de sus tantas preguntas. Molly no sabía por qué ella estaba encerrada en un laboratorio entrenándose para cada día, pero le respondió que algún día la respuesta iba a llegar.

También le había explicado la situación actual en el exterior o las últimas novedades antes de que ambos se encerraran en el laboratorio. Era una lástima que Molly fuera un bebé cuando él cerró la puerta del laboratorio para siempre, eso significaba que sus noticias eran viejas, realmente viejas. Se preguntaba si el mundo se había terminado para siempre y ella vivía en el laboratorio ignorante de todo. Ella sabía que existían dos clases de personas. Los Iluminados y los Guardianes, pero Moritz le dijo que iba a contarle la historia desde el comienzo.

Era el año 2050, cuando el gobierno comenzaba a preocuparse por la situación de su planeta. No solo vivían en un solo país llamado Estados Unidos, debido a los grandes fenómenos que habían destruido el planeta, sino que la gente había perdido el control de sus actos por completo. Los habitantes de tal lugar no entendían porque debían seguir vivos y terminaban perdiendo la vida por ellos o por otros habitantes que habían perdido la cabeza al saber que el mundo estaba por acabarse. El gobierno no sabía cómo detenerlos, muchas personas se quitaban la vida, asesinaban a otras y pasaban años encerrados en la angustia y la depresión. No había alegría en ese país: los únicos sentimientos eran el odio y el amor, pero estos lo único que lograban era volverse en contra de la gente. Homicidios, dobles o triples; a veces, crueles asesinatos donde el dinero era el ganador. Todo se había vuelto un

desastre y el gobierno no sabía solucionar los problemas con planes de trabajo u otras opciones.

Lamentablemente, el gobernador había sido un científico muy reconocido en aquel entonces. Su mente brillante creyó que los sentimientos eran los culpables de todos los desastres. Si no había amor u odio, la gente iba a vivir con normalidad, los desastres terminarían y la paz volvería al planeta. Así fue. Junto a sus compañeros y a los mejores científicos del país, creó un virus lo suficientemente potente como para eliminar los sentimientos de los humanos y lo lanzaron en el aire, en el agua, en la comida, en todos lados.

Y la gente se tranquilizó.

Su plan había salido a la perfección. La tranquilidad había llegado, un mundo lleno de humanos tranquilos incapaces de sentir absolutamente nada. No sonreían, solamente trabajaban y vivían, el gobierno los obligaba a casarse como en el siglo XVIII, y a tener hijos para seguir produciendo población. Todo estaba solucionado: habían creado pequeños robots capaces de todo.

Hasta que un pequeño grupo comenzó a crecer. Un grupo que sentía, que lloraba por angustia, que amaba y que vivía, no como los otros que fingían hacerlo. Un grupo tocado por una luz especial, con un ADN lo suficientemente especial como para sobrevivir al virus. Ellos se hacían llamar los Iluminados, personas normales que tenían un gen especial. Molly era uno de ellos, pero jamás había conocido a otro.

Una guerra comenzó, los Iluminados contra la gente sin sentimientos. El gobierno creó un grupo llamado *Guardianes*, al que todos los soldados del ejército se unieron. Les dieron la capacidad de tener un solo sentimiento: la crueldad. Capaces de asesinar a niños y mujeres que llorasen frente a ellos. Aquel sentimiento de crueldad los alentaba, los alimentaba y al no sentir ningún otro, se aferraban a él día a día para vivir. Una nueva guerra había comenzado y era entre seres que sentían y seres que no.

Molly recordó haberle preguntado a Moritz por qué sucedía esto, por qué el gobierno no podía convivir con algunas personas que no sufrían el virus. Y él terminó por reírse en su cara, la llamó ingenua y al mismo tiempo le explicó que el gobierno deseaba que las reglas se cumplieran. Mientras existieran Iluminados, ellos mismos los llamarían «rebeldes» y toda persona que llorara en medio de una tortura sería asesinada con mucho orgullo. Él decía que cuidaba de su persona por esa razón, pero Molly siempre se preguntó si era realmente así.

Y ahora lo entendía.

Había más Iluminados en ese mundo: dos hombres, o eso quiso creer. Ellos la conocían y hasta le dieron un apellido que ella desconocía. Habían hablado de un tal Gabriel ¡Eso significaba tres de ellos! Molly estaba emocionada por conocerlos, aunque, bueno, primero debía abrir los ojos.

• • •

—Hasta que al fin despiertas —dijo finalmente una voz, arrastrando las palabras sin demasiadas ganas. Pero ahí estaba. Una voz femenina, a fin de cuentas.

Molly la observó desde abajo, aunque no entendía realmente en dónde estaba. Observó hacia los lados, preparada, tratando de captarlo todo y sobre todo, buscando una salida. Pero aquel lugar se parecía a la enfermería del laboratorio, sin tantos instrumentos extraños que asustaban a las personas. Había camas a su lado sin hacer, con mantas al pie de ellas, dispuestas a ser usadas si se lo necesitaba.

Pero, exceptuándola a ella y a la chica que había hablado, se encontraban solas en el vacío de una habitación muy blanca. Molly observó a la chica que estaba sentada frente a ella y por momentos decidió acercársele y abrazarla.

Nunca había conocido a otra mujer, sobre todo a una chica de su edad. Era realmente un descubrimiento para Molly y seguramente la sonrisa en su rostro llamaba la atención.

—¿Por qué diablos sonríes? Me das escalofríos —soltó la chica sin problemas.

Era realmente bonita, objetó Molly. Tenía unos ojos pequeños, pero sumamente peligrosos, como los ojos de un león apunto de atrapar a su presa. Negros como la noche, lucían bien en ella. Su piel era morena, pero llevaba varios golpes de batalla, incluso una venda en su hombro demostraba que había sido herida anteriormente. Lo más sorprendente era su cabello castaño, liso y perfecto, que caía sobre su espalda. Molly siempre había deseado un cabello como aquel, tan bien cuidado. El suyo en cambio era demasiado rebelde y a veces no podía controlarlo, por lo que lo dejaba finalmente despeinado.

—Went dijo que eras rara, pero para Went son todos raros.

—¿Went? —preguntó ella finalmente, pero para su sorpresa, la chica no se asombró por su voz. Se mostraba bastante indiferente ante la presencia de Molly, como si estuviera ahí por obligación. Se miraba las uñas, en busca de suciedad y tenía una pierna sobre la otra, algo sumamente femenino.

—Sí, ya sabes. Went es lo mejor de aquí, pero es intolerable. Nadie lo soporta por su increíble temperamento y los deseos de molestar —su voz sonaba aburrida, como si esa conversación la hubiese hecho muchas veces y siempre hubiese conseguido lo mismo. Molly intentó incorporarse, pero terminó por caer nuevamente entre las sábanas. Por supuesto que no iba a poder ponerse de pie, estaba en otro hábitat. Trató de recapacitar sobre las palabras de la chica y se sorprendió cuando entendió *que es lo mejor de aquí* no iba en sus planes.

¿Dónde se suponía que estaba? La chica siguió la conversación jugando con uno de sus mechones de cabello.

—Veo tu rostro, sé que te atrae, pero no lo intentes. Ya he estado con él, no me imagino cuánto te costará a ti. Aunque bueno... pareces una rata de laboratorio y él es una rata.

Molly pestañeó sorprendida por las palabras, nunca le habían dicho rata y menos de laboratorio. Aunque tenía sentido, no quería admitirlo. Se sonrojó y tuvo que bajar la mirada para observar otro lado de la habitación. La chica tenía razón sobre eso y por momentos creyó que la angustia iba a llegar a ella. Prefirió usar tal sentimiento en algo mejor, ya que los que tenía debía aprovecharlos, así que se incorporó como pudo, sentándose finalmente en la cama. Un poco de ayuda hubiese sido excelente, pero a la chica le parecieron más interesante sus uñas.

—Me llamo Molly —se presentó como supuso que debía hacer. Había practicado mucho eso con Moritz, el deseaba que Molly se presentara ante los Guardianes y que se escabullera entre ellos hasta entrar en la ciudad de los seres sin sentimientos. Habían practicado mucho cómo comunicarse con otras personas, pero Molly siempre era invadida por la timidez al no comunicarse nunca con nadie y era incapaz de soltar muchas palabras. Él había dicho que se debía al encierro por tantos años—. Es un placer.

—Oh, sé tu nombre —dijo la chica sin ganas, moviendo su mano con desinterés hacia ella, un gesto que Molly no comprendió—. Todos hablan de ti, ¿sabes? Eres la gran Molly Davies, te han buscado por años.

—¿Disculpa? ¿Me han buscado?

—Ya sabes, eres la leyenda. La chica escondida en las manos del gran Moritz, custodiada y escondida de los Guardianes —soltó y giró los ojos como si esas fueran historias de niños, como si la misma Molly fuera una historia. Se des cruzó de piernas y observó a Molly con profundo rencor, como si ella fuera su enemiga principal, aunque no se conocían—. Estoy cansada de escuchar tus historias y las mentiras que cuentan sobre ti. No eres más que una humana aburrida y hasta algo fea. Te dibujaban en los libros como una diosa.

Oh. Eso fue un insulto. Molly no entendía nada de lo que hablaba, todo le parecía absurdo, pero tampoco comprendía cómo ella podía odiarla tanto, sin ni siquiera conocerla. Los libros podrían explicar semejante delirio, pero Molly no era una diosa y tampoco la chica podía juzgarla. Podía simplemente odiarla, pero eso rompería con sus propios pensamientos actuales.

—Si no te agrado puedes marcharte —le respondió la chica de ojos azules, observando a la de los ojos negros asesinos. Se puso de pie, demostrándole a Molly su vestimenta bien elegida: pantalones negros de entrenamiento y una camiseta sin mangas algo destruida. Molly no había querido herirla; por un momento creyó que podían ser amigas, pero la chica lucía realmente enfadada por lo que ella había dicho.

—¡Oh, la gran Molly Davies! ¡La salvadora me ha insultado!

—Basta, Blood. Es suficiente de tonterías —dijo una voz desde otro lado de la habitación. Molly se tensó, porque no estaba lista para aquello. Conocer a otra persona era difícil para ella, tan difícil como despedirse de otra. Eran tres en esa habitación y Molly sentía como si fueran millones. Los nervios la consumían, pero trataba de fingir encontrarse en perfecto estado—. Te pedí que la cuides, no que la asustes.

—Cállate, Owen —se quejó la chica llamada Blood, sonando lastimada finalmente. Pero su voz tenía algo más, algo que Molly no comprendía, pero tampoco era lo que deseaba. Sonaba resentida, si se atrevía a aventurarse en lo desconocido que era la personalidad de Blood.

El chico que la había salvado estaba del otro lado de la puerta de la enfermería, observándola con una sonrisa simpática. Molly le devolvió la sonrisa, era realmente agradable encontrarse con alguien que fuera de aquel modo. Blood balbuceó algo que nadie entendió y comenzó a caminar hacia la puerta, fulminando a Owen con la mirada cuando pasó a su lado. Él no hizo nada, le sonrió y cuando ella pasó a su lado furiosa le lanzó un beso

de manera infantil. A lo lejos se escuchó a Blood lanzarle una maldición.

Owen era un chico que desde lejos parecía agradable. Incluso sin saber quién era, Molly sabía que era lo más agradable que iba a conocer en su vida. Era alto, tal vez un par de cabezas más que Molly, tenía un par de ojos verdosos, algo claros, pero la luz de la enfermería era engañosa. Su cabello era castaño, pero era poco y lo llevaba de nuevo despeinado. Su nariz lucía torcida, como si alguien hubiese lastimado esa parte de su cuerpo. Y no solo su nariz: también tenía heridas de batalla como las tenía Blood, salvo que ella estaba vendada y él solo tenía cicatrices. Un hombre de guerra, un Iluminado con todas las letras.

Sus ojos se posaron en Molly, sin sorprenderse de su presencia. Más bien lucía agradecido por tal cosa. Caminó lentamente hacia ella una vez que cerró la puerta de la enfermería, dejando sobre la silla en la que Blood se había sentado su chaqueta de cuero llena de agujeros e imperfecciones. Se sentó cómodamente en los pies de la cama de Molly y ella no se incomodó con tal cosa, sino que, por el contrario, sintió que su presencia allí era agradable. Ahora que no llevaba chaqueta, Molly podía observar sus musculosos brazos al descubierto.

Owen lucía cansado y agotado, como si hubiera pasado horas sin dormir. Molly no se lo comentó: a pesar de sentirse sumamente cómoda a su lado, no quería arruinarlo con palabras atropelladas como ella.

—Lamento eso. Blood... es Blood —se disculpó sobre el comportamiento de la chica morena. Miró hacia la puerta, como si ella estuviera ahí, pero ambos sabían que no. Blood lucía orgullosa, no curiosa—. Es realmente agradable cuando la conoces, solamente te ha hecho eso porque eres nueva y bueno, porque eres tú.

Cuando iba a comentar algo, entraron dos personas a la enfermería. Molly sintió sus mejillas enrojecer aún más, cuatro personas era mucho para ella. Iba a desmayarse en cualquier momento, pero al ver entrar al tal Went, trató de permanecer en pie. O sentada, mejor dicho.

—¿Los mandó Gabriel o estás interesado en algo en especial, querido Went? —bromeó Owen decidido a molestarlo.

Molly pudo observarlo mejor esta vez y trató de comprender porque Blood decía que él era *lo mejor de aquí*. Lucía como un adulto, no debía de tener más de treinta ni menos de veinticinco. Su rostro era duro, como los modelos de esas revistas que ella observó con Moritz. Sus cejas eran pobladas pero finas, tenía una nariz interesante pero también lastimada como la de Owen. Ojos marrones claros, fríos como el hielo mismo. Aunque también parecían tener un color verde muy oscuro. Él dirigió su mirada a ella y Molly se incomodó para luego correr la mirada hacia otro lado.

—Gabriel sigue fuera —informó como si fuera un soldado hablándole a un líder. Nuevamente aquel Gabriel, Molly empezaba a preguntarse si era el líder de todos esos chicos. A su lado se encontraba un hombre un poco más alto que Went, con el rostro más frío que hubiese visto alguna vez. Tenía un leve parentesco con Blood, que se evidenciaba, tal vez, en sus ojos—. Black y yo vinimos a hacerte compañía.

—Mientes. Todos están obsesionados con saber de Davies.

—De acuerdo, pero si no veníamos, todo el cuartel estaría en esta habitación por la niña.

Molly se sintió insultada al instante, mucho más que la vez anterior con Blood. ¡Ella no era una niña! Tenía diecinueve años y pronto tendría veinte. Went la observó desde donde estaba, con un aire de superioridad cuando la miró.

—No soy una niña. Ahora, Owen, ¿me podrías explicar que hago aquí?

Sintió fuerza al decir esas palabras, como si lentamente todo el miedo que sentía por esas personas se marchara. Se sentía aun incomoda y algo nerviosa por estar acompañada pero tampoco iba a dejar que la insultaran o se rieran de ella.

—¿Ya te has presentado, Owen? —bromeó Went mirando al incomodo chico sentado en la cama de Molly. La chica lo fulminó con la mirada, pero Went no parecía interesado en devolverle la mirada para defenderse, simplemente se sentó en la cama frente a ella a una distancia considerada. El otro chico, en cambio, se sentó lo más lejos posible, como si el ruido de las voces le molestara. Molly lo comprendió—. No lo arruines otra vez, no deseo robarte la novia de nuevo.

—Tal vez esta vez me toque a mí robarte la novia —comentó Owen sorprendiendo a Molly. Went abrió los ojos y ella pudo notar cierto brillo de diversión en ellos.

—Ni puedo...

—Cállate —la voz de Black era aún más atemorizante de lo que Molly creyó que podía ser. No entendía de qué hablaban, pero sin decir otra palabra observó a Owen con ojos dulces, esperando que él le explicara su existencia. Aunque se preguntaba si estaba preparada para tal cosa.

—Mi nombre es Owen, como te has dado cuenta. Esta es la primera vez que me presento ante ti —dijo, aunque Molly sabía que esas palabras no iban para ella, sino para Went que seguía detrás y soltó una carcajada al escuchar eso. Por suerte Black decidió callarlo antes de que siguiera diciendo estupideces—. Soy el Líder suplente de los Iluminados, el líder principal es Gabriel, que en este momento está ausente. Tú eres Molly Davies y ahora mismo te encuentras en el cuartel, un lugar donde los Iluminados se juntan para poder pelear contra los Guardianes. Por las cosas que vimos en tu laboratorio, sabes de nuestra existencia y demás.

Molly asintió, sin querer comentar más. Pareciera que Owen iba a soltar un discurso que tenía el honor de escuchar. Le sonrió tímidamente a Molly y ella no comentó nada más, pero de reojo veía a Went reírse en silencio de la situación. Era despreciable el chico.

—Te hemos buscado por años, Molly, no sabíamos si estabas actualmente viva o habías muerto. Pero fuiste activada hace 3 días. Es decir, hace unos días nos llegó tu posición en la maquina principal que maneja Went con Dexter—comentó. A lo lejos Molly observó a Went sonreír con felicidad—. Todos los Iluminados estamos activados, gracias a eso sabemos dónde estamos, aunque nunca funciona bien. Algunos no lo están, como tú y la persona con la que estabas. Lamentablemente, los Guardianes también descubrieron que estabas viva y decidieron ir a buscarte para asesinarte. Fue una suerte que corrieras, nosotros habíamos entrado por la puerta principal y te encontramos. Luego te desmayaste y te trajimos aquí. Los

Guardianes se pusieron realmente furiosos y decidieron eliminar el lugar. Lo lamentamos.

—O algo por el estilo —comentó Went riéndose, aunque Molly lo fulminó una vez más con la mirada, haciendo que él se quedara en silencio. Tal vez vio algo más en los ojos de la chica, algo que ni ella pudo explicar con normalidad.

—Sé que te preguntas quién eres y te contaré la leyenda de tu persona, solo debes escucharla y te prometemos que te dejaremos elegir si quieres o no seguir con nosotros —esperó la respuesta de Molly, aunque en ese entonces solo fue un asentimiento rápido con la cabeza—. Al momento de nacer y aprender sobre los Iluminados se nos cuenta una historia. Una historia que a los niños les da vida y esperanzas. Nuestros padres Iluminados nos cuentan una leyenda, sobre una niña llamada Molly Davies, que está escondida de las manos de los Guardianes, junto a su mentor secreto Moritz, quien le enseña todo para sobrevivir y ganar la guerra que se disputa en su cabeza. Molly estudia y entrena, volviéndose una increíble chica capaz de destruirlo todo. Con el tiempo, la historia fue extendiéndose para crear historias donde dejabas una gran enseñanza para los niños, todos crecimos con tus anécdotas. La cuestión es que la leyenda comenta que nos salvarás la vida a todos.

—No es solo eso —acotó Went poniéndose de pie para acercarse a ellos como si participar estuviera en las reglas que nadie impuso, pero Molly no deseaba seguir—. No es una leyenda, es una profecía. Tú eres un profeta. Tú eres Molly Davies y eres nuestra salvadora.

Molly lo primero que quiso hacer fue reír por largos minutos, pero cuando trató de hacerlo o comenzar a hacerlo, los ojos demandantes de Owen y de Went observaron horrorizados aquello. Se detuvo, pensó en lo que decían y al mismo tiempo miró a los dos chicos que acababa de conocer, no quería defraudarlos, pero lo cierto es que Molly no era eso que veían. Como había dicho Blood, algo común y hasta feo. No tenía nada de salvadora.

Pero no podía ignorar el hecho obvio. Ella tenía un mentor. Moritz era su mentor, ella había crecido en el laboratorio escondida. En algunas cosas tenían razón, pero en otras no. Ella no sabía absolutamente nada del mundo ¿Cómo iba a salvarlo? Balbuceó insegura lo que iba a decir a continuación, pero Owen no dejó que lo hiciera, notando sus nervios.

—Entendemos que estás confundida, Molly. ¿Puedo llamarte así, no es cierto? —preguntó sonriéndole dulcemente y ella asintió con normalidad, casi automáticamente—. Han asesinado a tu mentor, estás frente a muchas personas que no conoces y... ¿Qué diablos sucede afuera?

Went y Black ya estaban atentos cuando Owen falló en su discurso por primera vez. Ruidos. Eso había escuchado Molly cuando Owen habló, pero luego se sumaron disparos y gritos. Al instante, Black desapareció, como si su alma de soldado se transportara a su lugar de origen. Molly sacó esos pensamientos de novela de ciencia ficción de su cabeza, observando atemorizada a Owen. Él no comentó absolutamente nada más, se puso de pie guiñándole un ojo y desapareció casi al instante.

—¿Qué? ¡Yo no me quedaré a cuidarla! —exclamó un Went enfurecido. Molly giró los ojos furiosa de su tontería—. ¡Soy el mejor Iluminado aquí!

—No parece —bromeó Molly con una leve sonrisa mientras que trataba de ponerse de pie.

Went se acercó a la cama con paso firme y por un momento, Molly creyó que iba a golpearle el rostro. Pero él solo tomó una jarra de agua y depositó el contenido incoloro en un vaso, para luego acercárselo sin amabilidad—. Gracias, Went.

Una vez que tomó el vaso, lo terminó por dejar sobre la mesa, sonriendo al sentirse mucho mejor que antes. Sus pies estaban limpios, no tenían la sustancia que había pisado en el laboratorio que no pudo reconocer. Tenía puesta la misma ropa que Blood llevaba cuando se fue, salvo que su camiseta era blanca.

Era horrible hablar desde una cama con varios hombres, se sentía intimidada. Se acercó la puerta al tiempo que Went apoyaba su mano en el hombro de la chica, acercándose peligrosamente a ella. Molly lo observó de reojo, alzando una ceja sin entender que estaba haciendo. Moritz jamás demostraba afecto hacia ella y Molly había aprendido a vivir sin aquello. Por lo tanto, cuando Went la tocó, ella dio un pequeño salto, asustándolo a él también.

—¿Siempre tienes que hacer eso, maldita sea? —se quejó enfurecido, cerrando la puerta que Molly había abierto levemente—. No hagas locuras, Davies. No puedes salir durante un ataque. Menos tú.

—¿Menos yo? ¿Por qué no? No entiendo cómo puedes quedarte de pie mirándome cuando uno de tus compañeros puede morir —se quejó al instante sin medir sus palabras. Went podía ofenderse con lo dicho, pero en cambio solamente suspiró. Como si necesitara un poco de aire y paciencia.

—Escúchame, Davies. No puedes salir de aquí, ¿de acuerdo? Eres nuestro preciado tesoro, te hemos buscado por años y si ellos te toman, estamos perdidos.

—¿Eso soy para ustedes? —preguntó con denuncia en su voz, Went dio un paso hacia atrás. Frunciendo el ceño con una total expresión de no entender a la chica. Ella quería pelear, quería abandonar ese lugar para unirse a la lucha. No entendía la razón de su estada—. ¿Un tesoro?

—Molly —susurró Went con cansancio. Ella se tensó al instante, observando los ojos oscuros del chico. Era la primera vez que decía su nombre, ella nunca había escuchado su vulgar nombre en sus labios. Sonaba realmente agradable, como la brisa de verano en el momento menos previsto. No pudo evitar observarlo asustada y al mismo tiempo asombrada por la tranquilidad y confianza con la que parecía hablar hacia ella, una chica que recién conocía—. No podemos perderte. No eres un objeto, eres la salvación de todo lo malo que hemos vivido. Hemos sufrido mucho, demasiado y ahora que estás... eres la esperanza.

Molly no comentó nada, simplemente dio un paso hacia atrás algo cansada y atormentada por toda la nueva información que había recibido ese día. No sabía realmente cómo sentirse, en aquel momento todo lucía estúpido con respecto a lo que había vivido en el laboratorio. Le habían dicho que tenía que pelear, que enfrentarse a sus enemigos y esas personas la encerraban.

Se sentó lentamente en la cama, haciendo que Went la imitara con alivio y la observara desde donde estaba. Cuando no molestaba, lucía realmente atractivo y hasta agradable. Trató

de no mirarlo, observó sus manos pálidas lastimadas, tratando al mismo tiempo de no escuchar los ruidos del exterior. Went parecía atento a ellos; dirigía su mirada hacia el techo, como si pudiera escuchar a través de él. Molly quería distraerlo, tapar sus oídos y darle la tranquilidad que parecía necesitar. El sentimiento llegó rápido a su cuerpo sin presentarse o explicar por qué existía y Molly no quiso analizarlo demasiado, con miedo a perderse en la confusión.

—¿Puedo hacer algo para distraerte? —preguntó una Molly tímida, logrando la atención de Went, quien la observó algo sorprendido por sus palabras y sonrió al instante. Sus mejillas se sonrojaron inmediatamente, porque sabía qué podía indicar aquello. Pero Molly no trataba de incomodarlo, al contrario, solo quería traerle un poco de tranquilidad a su persona. Went negó con su cabeza, bajando la mirada a sus manos al igual que ella—. Podrías enseñarme el cuartel.

Los ojos de Went se iluminaron cuando levantó la mirada hacia ella, sonriendo como un niño que había conseguido el permiso de una madre, un niño rebelde y pícaro. Molly sonrió, imitándolo, porque su sonrisa era contagiosa y casi divina. No quiso comentar nada más, se mantuvo en silencio observando sus manos mientras Went se ponía de pie. Acomodaba algo detrás de él y Molly quiso suponer que eran sus armas. Luego se acercó a ella y extendió una de sus manos indicándole el camino hacia la puerta.

SOSPECHAS

—Voy a mostrarte un lugar, mi lugar favorito.

Ella alzó las cejas cuando lo escuchó hablar, como si nada sucediera en el exterior. Le sorprendió aún más que no quisiera pelear por lo que sucedía. Ella misma, en esas condiciones quería salir a pelear, él en cambio se mantenía tranquilo y había hecho la invitación más estúpida que había oído en su vida. Iba a quejarse, pero él le dio la espalda y comenzó a caminar. Si bien era cierto que podía permanecer sola en la enfermería, se levantó y lo siguió.

Sus pies descalzos no parecieron apenar al chico cuando ella se acercó, él la observó de arriba abajo y soltó un chasquido enojado, aunque Molly no entendía si era para ella o para él mismo. De todos modos, siguieron caminando por los pasillos del cuartel en completo silencio.

A su lado, Molly era muy baja y tenía que levantar la mirada para observarlo. Estaba exagerando un poco, pero le resultaba extraño que Went fuera tan alto. Moritz siempre había sido de la altura correcta, ni muy alto ni muy bajo.

Tomó nota del chico a su lado. Nunca había podido hacer aquello, observar a otras

personas, porque las creía extintas. Creyó que ella era la única mujer en el mundo y Moritz el único hombre. Pero, en cambio, ahí estaba frente a otro hombre. Su cabello era castaño oscuro; caía desordenado por su frente y lo tenía algo largo por detrás; pronto podría incluso atárselo si lo deseaba, pero aun no parecía posible. Sus ojos eran marrones con una mezcla de un verde muy oscuro. Cuando él la había mirado en la enfermería fue lo primero que observó. Su cuello tenía un lunar, algo que nunca había visto en los hombres. Ella estaba llena de lunares en todo el cuerpo, pero era pálida; en cambio, él parecía tener más color en su piel. Supuso que era guapo y seguramente hacía suspirar a otras personas.

Con respecto a su personalidad, Molly no tenía idea de cómo definirlo. Cuando se encontraron solos se comportó de un modo extraño, más calmado y algo frío; en cambio, cuando los otros Iluminados se encontraron en su presencia, Went se comportó como un niño sarcástico. A Molly, quien no sabía nada sobre las personas, le pareció que Went aparentaba ser de un modo que no era.

Parecía seguro en su caminar, Molly no soltó ninguna queja, pero supuso que su presencia era molesta. Lo estaba observando como si fuera un animal de laboratorio y no quería intimidarlo, pero ver a alguien diferente era realmente extraordinario. Tuvo que obligar a su mano a permanecer quieta, porque realmente quería ir directo a él.

Cuando finalmente se detuvo, ella tuvo que ordenarse a sí misma lucir segura. Pero en realidad había pegado un salto pequeño cuando él se detuvo en seco. Aun no se acostumbraba a caminar a la par de otra persona, tenía que aprender rápidamente a cambiar aquello.

—Deja de mirarme de ese modo —se quejó antes de abrir la puerta que tenían frente a ellos. Molly bajó la mirada sabiendo que seguramente se había sonrojado y llevó las manos a sus mejillas para tratar de aliviar aquella sensación que no le gustaba nada. Pero sus mejillas hacían lo que querían. Sus manos estaban heladas, así que supuso que eso iba a funcionar.

Alzó las cejas cuando se encontró cara a cara con la habitación que Went quería mostrarle. Nunca había visto nada parecido o, mejor dicho, nunca había estudiado nada parecido. Estaba completamente a oscuras, pero Went entró y encendió las luces. No eran realmente luces, sino que al instante las paredes reflejaron el mundo, como si hubiera un reflector en lo alto de la habitación.

Molly caminó hacia las paredes negras donde se podía ver el mundo reflejado gracias a la fabulosa habitación. Sus manos se apoyaron en la textura de la pared y notó cómo la imagen pasaba a sus dedos; definitivamente había un reflector en algún lado, pero desconocía donde.

—Este es mi lugar favorito del cuartel. Pocos lo usan —susurró él con voz baja, observando las acciones de Molly sin objetar nada. No observaba las manos de Molly mientras ella recitaba los lugares que conocía gracias a sus enseñanzas, sino su perfil.

Ella no se sintió incomoda por su mirada, a diferencia de él. Lo miró de reojo y se sorprendió de la sacudida que vivió su estómago cuando lo hizo. Nunca había visto una mirada como la de Went. Era triste y angustiada. Dejó de observarlo de reojo para mirarlo de frente y su mirada se mostró aún más emocionada. Era un rostro muy triste, solo podía pensar en una cosa al mirarlo: *Dolor*. Aquel chico cambiaba demasiado rápido de

sentimientos, no le dejaba tiempo a pensar uno y ya cambiaba a otro. Y ella necesitaba entender a la gente, porque no podía aun relacionarse como correspondía con ellos.

—¿Por qué es tu lugar favorito? —soltó finalmente ella como si hablar de lugares era lo que quería. Went vaciló al hablar, observando el mundo de aquel color verde oscuro.

—Es tranquilo —comenzó, aunque Molly supuso que esa no era la verdadera explicación—. Me gusta ver lo que una vez fuimos. Pensar que ahora somos una parte del mundo... angustia a cualquiera.

Aquello era cierto. Durante los años antes del virus, la gente había perdido el control y los países fueron deshabitándose. Sobre todo, los países pobres. Molly apoyó sus pálidos dedos en África, que en aquel entonces había desaparecido por completo gracias a la locura que los humanos vivían. Hombres que comían niños luego de lastimarlos o matarlos. Personas quitándoles la vida a sus propias familias. Robos y más robos. Molly había estudiado aquello por siglos, desde que nació hasta el día que tuvo que escapar del laboratorio. La locura había llegado al mundo y solamente algunas personas sobrevivieron. El virus llegó y quedaron menos.

—¿Te gusta venir a un lugar que te angustia? —le preguntó Molly con una sonrisa neutral. No quería intimidarlo, solamente saber. Preguntarle qué sentía cuando miraba el mapa. Sobre todo porque no lo entendía.

Ella no sentía nada. Era extraño. Era como ver una película de alguna guerra mundial; estaban a siglos de ella y no sentía absolutamente nada con las muertes de las personas, porque había sucedido en el pasado. Ella había aprendido a no llorar por el pasado porque, dadas las consecuencias, si lo hacía iba a llorar eternamente.

Went parecía luchar contra algo. Algo atorado en su garganta, que no sabía si soltárselo a Molly. Le sorprendía que el chico se comportara de ese modo. Cuando había despertado, se había comportado como un idiota frente a Owen y ella. Realmente creyó que era un imbécil modesto que no tenía nada que hacer más que molestar. Pero en ese momento lucía diferente, como si quisiera decirle algo. Él volvió a mirarla y casualmente ella se sorprendió ante la intensidad de su mirada. Went parecía conocerla, parecía hasta entenderla. Nunca se sintió tan intimidada por una mirada o, mejor dicho, nunca había conocido tal intensidad hasta ese momento. Él parecía herido, culpable y al mismo tiempo algo más que no podía ella entender. Went parecía conocerla y eso le aterraba.

—Hay algo que debo contarte antes de que sigas aquí —suspiró por unos minutos e hizo sonar su cuello con un rápido movimiento con su cabeza. Dio un par de pasos hacia Molly al tiempo que ella iba hacia atrás algo cohibida. No entendía por qué temía. Estaba terriblemente asustada por lo que podía llegar a suceder. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué quería? Se acercaba más a ella rebuscando algo entre los bolsillos. La chica pudo sentir el miedo en todo su cuerpo, estaba completamente aterrada y no sabía cómo reaccionar. Debía correr. Su mirada demostraba algo que no había conocido nunca, pero le temía. Cuando su espalda golpeó la pared y el mapa se reflejó en su cuerpo, ella supo que no había escapatoria a lo que él quería decirle o hacerle—. *Molly Davies...*

—¿Qué está pasando aquí adentro, Morton?

La voz, desde la puerta de la habitación, hizo sobresaltar a Molly. Sus piernas temblaban descontroladas, nunca había estado tan asustada. Went suspiró y se alejó de ella para darle un poco de espacio, cosa que agradeció.

En la puerta se encontraba una mujer algo mayor. El cabello oscuro lo llevaba atado en una coleta de caballo. Tenía un rostro familiar, agradable y parecía bastante enfadada con Went, lo cual era una suerte para Molly.

—Nada, Rose. Estábamos hablando —se quejó Went mirando a la mujer. Lo observaba aun enfadada, con la frente cubierta de arrugas, aún más cuando fruncía el ceño como en ese momento—. No puedes cuidar a todos absolutamente todo el tiempo.

—Sabes que estoy aquí para eso. Espero que sea la última vez que la asustas, Morton, o te las verás conmigo —gruñó. Sus palabras estaban llenas de enojo y por momentos Molly también le temió. Parecía ser una mujer fuerte en el cuartel, llevaba por completo el control de los movimientos ajenos. Estiró su mano hacia Molly y ella caminó con rapidez a su encuentro. No tomó su mano, pero salió del lugar sin mirar a Went. Comenzó a caminar rápido por donde había venido, pero pudo escuchar las últimas palabras que se dijeron los dos Iluminados.

—Solo quería saber si era ella realmente.

—No trates o Gabriel te disparará en la frente.

Muchas veces había escuchado el nombre *Gabriel* desde que había llegado. Pensó en el ángel, pero misteriosamente en ese momento no estaba de ánimos para creer que existía uno en ese lugar. Deseaba volver a su laboratorio, junto a la única persona que podía entenderle. Había sido entrenada para asesinar, para pelear contra cualquier animal, monstruo o humano, pero no podía manejar a los humanos, no podía comunicarse con ellos. Se sentía algo idiota, rozando la ingenuidad, y por momentos deseaba ser ignorada. No le gustaba ser *la gran Molly Davies* que vaya uno a saber qué iba a hacer.

• • •

El cuartel estaba totalmente desolado y Molly entendió que se debía al ataque. Le dolía saber que lejos de esas murallas tan fuertes estaban peleando. Odiaba que la trataran como niña, era cierto que lucía como una, pero Molly había sido entrenada para pelear contra cualquier enemigo. Cuando Owen volviera, si es que lo hacía, iba a decírselo. Si iba a permanecer en el cuartel, iba a ser útil.

—Sospecho que tienes hambre.

La voz detrás de ella le hizo brincar nuevamente, tenía que comenzar a entender que no estaba sola en ese lugar y que las personas parecían realmente interesadas en hablarle. Acostumbrada a la soledad del laboratorio, no supo qué decir cuando la mujer la ayudó. De cerca lucía aún más vieja, mejor dicho, anciana, pero sumamente agradable a simple vista. Se notaba que Molly estaba algo intimidada por su presencia, pero no sabía cómo explicarle la ausencia de las personas en su vida.

—Yo... —nuevamente balbuceó antes de hablar y le resultó extraño. Con Went aquello no había sucedido. De hecho, le había parecido completamente natural hablar con él. Tenía que comenzar a demostrar la mujer fuerte que era, se lo pondría de tarea—. Tengo algo de hambre.

—Me imagino —comentó la mujer con el tono de voz fuerte de ese tipo de mujeres que habían vivido mucho en la vida. La mujer le recordó a Moritz, hasta cierto punto—. Esos dos hombres son dos idiotas cuando quieren. Pueden defender a un cuartel entero de una muerte segura, pero no pueden entender cuando una joven tiene hambre. De hecho, creo que no pueden ni siquiera entender a una mujer. Sígueme, te haré algo.

Huevos revueltos. Sonrió feliz cuando vio que la mujer le dejaba su comida favorita frente a ella, no le preguntó cómo sabía aquel gusto, pero en los ojos de Rose, como se había presentado, había seguridad. La chica se quitó el largo cabello castaño del rostro y lo dejó a un lado, dispuesta a comer como hacía tiempo no comía.

No había personas en aquel lugar. Parecía ser una cocina bastante pequeña para un cuartel. Habían pasado por miles de habitaciones y antes de entrar a esa cocina habían ignorado un comedor enorme con dos mesas de madera. Se preguntó cuánta gente vivía en ese cuartel porque parecía completamente ausente.

—¿Te preguntas dónde está todo el mundo? —leyó su mente Rose con total naturalidad. Se sentó a su lado ignorando los platos que había que lavar por culpa de Molly—. Cuando los Guardianes nos atacan, la mayoría decide salir a pelear junto a Owen. Algunos, los que no pueden pelear por razones lógicas, deciden quedarse en sus habitaciones. Hay miles de habitaciones en esta fortaleza, puedes tomar una si lo deseas.

—Lo haré, muchas gracias —susurró. La chica sonrió con total naturalidad y Rose la miró sorprendida. No entendía el porqué, pero lo cierto era que aún no había visto sonreír a la mujer. Tal vez en aquel lugar no hacían aquello y ella quedaba como una nena sonriendo porque sí. A Moritz siempre le había gustado eso de Molly, ella siempre sonreía—. ¿Sucede algo?

—No, querida, lo siento, simplemente me recuerdas a alguien—soltó sin más, moviendo su mano en señal de despreocupación—. Lamento lo que sucedió en la sala del reflector.

Conque así se llamaba. Molly continuó comiendo los huevos revueltos con duda, no sabía qué había sucedido en realidad. Solamente Went pareció haber perdido la cordura y la acorraló contra una pared sin un porqué. Ni ella entendía qué había sucedido, pero ella tampoco entendía a las personas.

—No sé realmente qué sucedió —dijo con tono pensativo, revolviendo la comida distraídamente. No tenía que intimidarse por un hombre, la próxima vez que se encontrara con Went iba a dejarle las cosas claras.

—A veces, Went confunde sus sentimientos —explicó ella lentamente, como si estuviera eligiendo las palabras para decírselas a un nene pequeño. Molly frunció el ceño, ¿sentimientos?—. Él es como una mezcla de ellos, él... *él es un Guardián.*

La sorpresa llegó rápido, tan rápido que no supo cómo asumirla en su cuerpo.

Seguramente su rostro se volvió pálido, porque al instante Rose trató de calmar lo que había dicho. Un guardián, Went era un Guardián. Se asustó y solo pensar en esos ojos le hizo pensar en una cosa: *peligro*.

—No me malinterpretes, Molly —decía la mujer tratando de tocar a la chica, pero ella se alejaba aún más—. Went es hijo de guardianes, por lo tanto... bueno, él toda la vida creció siendo un guardián. Creyendo que lo era. Una vez secuestró a Owen y entre charla de secuestrador a víctima, descubrieron cosas en común. Los sentimientos. Went tuvo curiosidad y descubrió que era un Iluminado, aunque dice que él siempre lo sospechó, que su ADN era diferente al de los demás. Por eso está aquí ayudando, para tratar de limpiar los errores de su padre.

No sabía que decir. No creía en la excusa de la mujer, hasta sonaba falsa en sus labios. Seguramente Went iba contándoles esa mentira a todos, para convencerlos de tal cosa y luego engañarlos. ¿Cómo podía confiar en un Guardián? ¡Era la amenaza! No podía permanecer más tiempo en el cuartel, tenía que marcharse y empezar la vida por sus propios medios. Lo decidió apenas miró hacia la puerta de la cocina, donde vio a Went mirándola del mismo modo que había hecho en la sala del reflector. *Peligro*, fue en lo único que pensó.

• • •

Cuando su cuerpo limpio y recién bañado tocó las mantas de su nueva cama, creyó que la idea de escapar era un poco absurda. Rose le había dado a elegir la habitación que quisiera y Molly trató de elegir la más alejada de todas. Temía que al despertarse se encontrara con Went siendo su simpático vecino. Pero lo cierto era que no lo había visto desde que había posado su mirada en ella en la cocina.

La habitación era bastante simple y casi rozaba el aburrimiento, diferente a la habitación que tenía en el laboratorio.

Se escondió entre las sábanas, ignorando sus deseos de huida por un momento. No estaba tranquila, pero sentir las sábanas envolviéndola por momentos creyó que era la gloria. Salvo que no lo era. Había un Guardián durmiendo bajo el mismo techo que ella, que deseaba seguramente asesinarla y recordó que debía irse de ese lugar.

Miró sus pies una vez que se levantó y odió aquello. Rose le había prometido ropa nueva al día siguiente, incluyendo zapatos. En aquel momento, deseó quedarse un día más. ¿Cómo sería el cuartel de día? Se imaginó gente caminando, hablando, niños e incluso alegría.

Se golpeó la frente con su palma. *No*. Debía marcharse, ella no pertenecía a ese lugar y el tal Gabriel podía irse al demonio junto a su Went. Pasó las manos por su pijama tratando de alisarlo y lentamente abrió la puerta de su habitación. En el pasillo no había absolutamente nadie. Rose le había comunicado que el ataque había terminado y ella misma notó que no se escuchaban disparos o gritos a lo lejos. Le sorprendió que nadie fuera a las habitaciones luego del ataque. ¿Habían perdido mucha gente quizás?

No le importó, trató de recordar que esa no era la solución. Ella no pertenecía a aquel lugar. Cerró la puerta de la habitación en silencio y comenzó a caminar hacia la salida. No sabía a dónde ir realmente, estaba algo perdida en ese lugar enorme, pero trató de seguir sus

instintos. Por muchos años, Moritz la había entrenado para tener coordinación. En ese momento eligió el norte como coordenada, solo por instinto.

No se encontró con muchas personas, solamente un par. Vio a Blood, al tiempo que se escondía detrás de una columna, llena de barro y lejos de ser tan bonita como la había visto esa mañana. Su cabello negro azabache estaba atrapado en una larga trenza que le llegaba hasta el final de la espalda, lucía furiosa e iba discutiendo con un chico mientras iban hacia otra dirección diferente a la que iba Molly.

Luego se encontró con varias personas que llegaban del combate. Por suerte no vio a nadie herido, solo estaban sucios. Seguramente la gente herida estaba sufriendo en la enfermería. Sintió una punzada en el estómago nuevamente, anhelando ayudar. Deseaba ir a la enfermería y tratar de ayudarlos. Ella sabía bastante de medicina, podía ser útil si la dejaban ayudar. Pero luego volvió a recordar la mirada de Went y recobró la fuerza para huir.

Ya era tarde cuando descubrió hacia dónde estaba caminando, su instinto había jugado en su contra, y cuando llegó a la enfermería se quiso golpear por idiota. Por suerte, cuando miró rápidamente hacia la puerta, descubrió que estaba casi vacía. Solamente había un niño y Owen hablando.

Molly se detuvo en la puerta aparentemente sin palabras ni pensamientos. Nunca había sentido tal devoción por una persona, pero en ese momento la sentía por Owen. El hombre, tan fuerte como parecía, lleno de músculos y con aquel rostro lleno de cicatrices de guerra, le sonreía en ese momento a un nene que se encontraba lastimado. Por momentos, Molly se asustó al ver al niño herido y odió a los Iluminados por su herida. ¿Había asistido a la batalla un niño como aquel? Pero luego reconoció la herida como un raspón y eso parecía ser normal en el cuartel, ya que el suelo era solo de cemento. Cualquiera persona podía caerse al suelo sin quererlo y rasparse de manera grave.

—Lamento molestarlo, señor Owen —susurraba el niño con la más tierna de las voces. Molly sintió su corazón encogerse cuando las manos grandes de Owen curaban su herida; no parecía realmente un hombre tierno, pero en aquel momento lo era, dejando a Molly sin habla—. Lo lamento de verdad.

—No digas eso, Max. A todos nos puede pasar aquí —le dijo con una sonrisa, levantando la mirada para observarlo y abandonando la herida por unos segundos—. De hecho, te contaré, una vez me caí en medio de una cita con una chica y me lastimé aun peor. No sabes cómo me sonrojé.

El chico se rio con una risa tierna que a Molly le encantó. Era la primera vez que veía a un niño y por momento creyó que era un sueño. Quería abrazar al niño sin conocerle, explicarle que siempre creyó que su existencia era inusual, que estaba extinguido. Pero en cambio estaba frente a Owen, luciendo normal y sin ningún halo de luz como Molly los imaginó. Todo era tan irreal, tan...

Owen notó la presencia de Molly cuando ella flanqueó y casi cae de boca en la enfermería. El niño dio un salto al asustarse por el movimiento de Molly y se odió por tal cosa. Pero luego comprendió que no solo se había sorprendido por su movimiento brusco, sino por quien era.

Owen se alejó del niño y caminó rápidamente hacia una Molly algo pálida.

—Molly... nos has dado un susto de muerte —dijo él sosteniendo a la chica. Al instante, cuando él tocó su cuerpo helado sin permiso, ella se recompuso logrando que Owen se sonrojara por el contacto—. ¿Estás bien?

—¿Es Molly Davies? —preguntó el niño, sin darle paso a Molly en la conversación. Ella se detuvo a mirarlo, aun pálida y algo mareada. No entendía el porqué, *¿Desde cuándo era tan débil?* Parecía una niña en esos momentos, seguramente Owen se estaba riendo de ella internamente. Se dignó a mirar al niño y cuando lo hizo se sintió hermosa. Se sintió perfecta bajo los ojos del infante frente a ella. Nunca había visto tal adoración en una persona—. ¿Owen?

—Sí, es ella, enano.

El niño, Max, la contempló como si fuera lo más increíble que había conocido alguna vez. Molly no supo qué decir, pero pudo recomponer la fuerza y mirar a los dos presentes, que parecían terriblemente asustados por su comportamiento. *¿Qué estaba haciendo?* Tenía que volver en sí o si no parecería la niña que era. Humedeció sus labios lentamente para observar a Owen mirándola fijamente, mirando aquel movimiento de sus labios sin pronunciar palabra.

Cuando él se percató de que ella la miraba apartó la mirada claramente incomodo hacia otro lado, hacia el niño, sobre todo.

—Te llevaré a tu habitación, Max. ¿Quieres acompañarnos, Molly? —le preguntó con total naturalidad, tomando al niño en sus brazos. Ella afirmó lentamente, recordando que aún estaba descalza y no sabía cómo iba a ser el terreno del lugar al que irían. De todos modos, los siguió. Se sentía segura cerca de Owen y no solo por su cuerpo musculoso o su gran porte, sino por la seguridad de sus palabras y su mirada.

El camino a la habitación del niño fue tranquilo, en silencio completo. Max observaba a Molly a través del hombro de Owen, al estar en sus brazos, y parecía adorarla. La chica se sentía intimidada, por lo que no sabía qué hacer en ese momento. Nunca se había sentido así, aunque ese momento se parecía cuando abrió los ojos en la enfermería y se encontró con ojos ajenos sorprendidos y esperando más de ella.

Notaba qué estaba sucediendo. Era ella una especie de leyenda que había sido contada desde hacía muchos años para darles seguridad a todos. O eso suponía, tan tonta no era. Era valiosa para la gente en aquel cuartel y todos la trataban como una especie de reina. Incluso Went, con su acoso. Ella pudo notar sus ojos llenos de esperanza cuando la observaba. Owen era el que mejor la trataba; sus ojos estaban llenos de ternura cuando la miraban, haciéndola sonrojar en el instante cuando sus miradas se cruzaban.

No quería destruirles la ilusión, pero Molly era una simple chica que había crecido en un laboratorio y no había hecho demasiado. No tenía nada en especial, ni poderes, ni magia, ni absolutamente nada que los pudiera salvar. Tal vez estaban alimentándose de ilusiones, de leyendas sobre una chica que no existía solamente para sobrevivir. Y vaya la casualidad que era ella tal chica.

Algo estaba mal y no quería que siguieran creyendo que iba a salvarlos. Con suerte Molly se podía salvar a ella misma.

—Un dólar imaginario por tus pensamientos —bromeó Owen cuando dejaron a Max junto a su familia. Caminaban de nuevo a la enfermería o eso supuso Molly.

Owen lucía cansado, pero aun sonreía como si fuera un niño. Molly lo observó devolviéndole la sonrisa, ya que era imposible no hacerlo, y trató de inventar una excusa sobre sus pensamientos.

—¿Tienes muchas citas con chicas? —se rio un poco ante su pregunta, haciendo reír también a Owen. Se mostró incómodo, pero Molly lo observó con tranquilidad esperando que él dijera algo tonto para escapar de lo que le había dicho a Max—. Estoy bromeando.

—Lo sé —admitió Owen llevando una mano a su nuca para rascarla con total tranquilidad, como si hiciera eso cada vez que estaba nervioso. Molly era bastante detallista, había aprendido eso de Moritz y ahora que podía conversar y permanecer tiempo con las personas, sus pequeños detalles le eran maravillosos—. Lo cierto es que no he tenido nunca una cita. Sabía que eso a Max le iba a alegrar un poco la noche. Lucía terriblemente angustiado por el ataque.

El ataque.

Molly había olvidado aquello por completo. Había sido una egoísta, olvidando lo que Owen seguramente había sufrido esa noche. No lucía sucio como Blood, pero tenía varias heridas en el rostro que aún no habían sido curadas y ella se preguntó si le dejaría sanarlas.

—¿Te han lastimado? —preguntó porque no creyó coherente preguntarle cómo le había ido. Owen lucía realmente agotado como para contestar esas preguntas y ella no era nadie para hacerlo.

—Un par de heridas mínimas. No suelen lastimarme los Guardianes, pero perdimos dos hombres —comentó con la voz tensa. Molly quiso acercarse a él para apoyar su mano en su gran hombro, pero lo veía incorrecto y seguramente él se sentiría incomodo por ese movimiento. Debía de ser difícil ser él en ese momento—. Hoy soy el líder de los Iluminados, es imposible para mí no apenarme con cada muerte. Siempre creo que es mi culpa, paso toda la noche pensando cómo podría haberlos salvado. Me atormentan los fantasmas por las noches y yo... —se detuvo cuando Molly lo observó con sus grandes ojos azules—. No sé porque te estoy confiando esto.

Habían llegado a la enfermería finalmente y seguía tan vacía como de costumbre. Molly recordó vagamente que deseaba escapar hacia unas horas y ahora deseaba quedarse para ayudar a Owen. ¿Qué había sucedido con ella? ¿Desde cuándo tenía esos pensamientos tan tontos en su cabeza? El chico necesitaba ayuda, sí, pero ella no era la indicada para tal cosa.

—Rose me ha dicho que Went te molestó hoy —susurró bajo, apoyando su mano sobre el marco de la puerta de la enfermería. Había muy poca luz ya que habían cerrado el lugar cuando Owen se fue, pero para Molly le fue suficiente para observar al chico—. A veces se comporta como un idiota, pero no lo es. Es una buena persona, es mi compañero y yo no confié en cualquiera.

—Es un Guardián —soltó Molly sin pensar en sus consecuencias. Él alzó las cejas y soltó una risita nerviosa. Ella se mantuvo firme, a pesar de haber comentado algo que no debía.

—Rose siempre abre la boca de más. Te pido que no vayas contándolo como si nada, es un secreto de Went. Se lo ha dicho a Gabriel cuando lo conoció y bueno... Rose y Gabriel se llevan demasiado bien —dejó escapar un chasquido con su lengua dando a entender que no le gustaba nada esa relación—. Pero él está tratando de cambiar. Imagina, es una bomba de sentimientos. No sabe qué sentir ya que nunca le han explicado que lo hacía.

Seguía sintiéndose insegura cuando hablaba del chico, no entendía cómo podía permanecer al lado de ellos, como podía ayudarlos. Desde que tenía conciencia, los Guardianes habían tratado de asesinarla. Se había escondido de ellos toda su eternidad y ahora tenía que compartir el techo con uno de ellos que encima estaba *confundido*.

—No sé si puedo compartir el techo con él, Owen —susurró tan bajo que observó a los ojos al hombre preguntándose si la había escuchado. Pero sí, notó la mirada que le daba y entendió que estaba escuchando. Nunca había visto una mirada tan tierna como la suya o, mejor dicho, de las pocas personas que conocía, él era la única que parecía verla de otro modo—. Tengo miedo. Ellos asesinaron a mi mentor... ellos...

—Él no es como ellos, Molly —le aseguró acercándose, pero esta vez Molly no se fue hacia atrás. La mano áspera y llena de cicatrices de Owen se apoyó en la mejilla de la chica. Eso rompió sus nervios, balbuceó palabras que él no entendía y se sintió nuevamente una niña—. No quiere lastimarte. Nadie quiere hacerlo. Hemos esperado toda la vida por ti, tanto él como yo.

—Owen... —logró decir finalmente, alzando la mirada para observarlo. Sus ojos eran tan verdes que uno podía perderse simplemente en ellos por horas. Pero en ese momento no quería hacer eso, no quería perderse en ojos de alguien que podía lastimarla—. No sé de qué hablan. Yo no soy alguien importante. No puedo quedarme.

—Escúchame, Mol. Espera que llegue Gabriel, cuando llegue y te explique todo puedes irte. Solamente debes esperarlo, él tiene las respuestas para absolutamente todo. ¿De acuerdo? —le preguntó con una sonrisa. Molly se tomó un largo tiempo para pensarlo, como si estuviera observando la situación. Aceptó, afirmando con un gesto con su cabeza. No estaba segura, pero afirmó... sin saber qué iba a decir o hacer luego.

CEMENTERIO

Molly nunca entendió por qué decidió quedarse en el cuartel. No supo diferenciar si fue gracias a la calidez de la mano de Owen, la seguridad que le brindaba o la situación en sí. Luego de afirmar, ambos permanecieron en silencio y él la acompañó hasta su cuarto sin

decir ni una palabra. De hecho, durmió como un bebé.

Nunca había visto tanta gente junta, tantas personas yendo y viniendo demostrando estar vivas. El cuartel era diferente de día, por la mañana y con la luz que el sol ocultó en la niebla eterna les brindaba. El comedor estaba en su gloria cuando Molly entró en él finalmente. Llevaba la ropa de Blood, pero misteriosamente no le quedaba mal. Un poco chica, pero se debía a que Blood había achicado *accidentalmente* la ropa lavándola a mano con agua caliente. La ropa lucía extraña en Molly, pero no se quejaba. Prefería eso antes de los vestidos que Moritz le obligaba a usar. Sus pies estaban cubiertos de unas zapatillas realmente cómodas, que, cuando ella metió sus blancos pies en ellas, sintió que le pertenecían a esa vestimenta antes de usarla.

Se sintió mareada una vez más cuando Blood le comunicó que era la hora de la comida y ella estaría mejor con algo de alimento. Susurró algo antes de que Molly saliera de la habitación y ella juró que le había dicho *huesuda*. La chica observó dudosa su cuerpo, sobretodo sus brazos. Siempre había tenido esa textura y jamás le había visto lo malo. Moritz jamás la había llamado de tal modo, ni mucho menos la había obligado a comer.

—Es difícil el primer día —admitió una voz detrás de ella.

Por supuesto que era Owen y por momentos agradeció que fuera él. Llevaba una bandeja de comida en sus manos y al haber tanta comida sospechó que era para ambos.

El comedor era un lugar con grandes mesas de madera esparcidas por la gran sala, seguramente antes alguien había usado ese lugar para otro propósito que Molly en ese momento ignoraba. La gente comía con tranquilidad, conversaban entre ellos y muchos reían. Los observó sorprendida, casi maravillada por la alegría que tenían algunos, como si no hubiesen peleado anteriormente. Encontró a Max junto a una mujer muy parecida a él, quien supuso era su madre. El niño levantó su mano para saludar a Molly y ella le devolvió el gesto con una gran sonrisa. A fin de cuentas, el chico le agradaba. Owen y ella se sentaron en la mesa más alejada, pero donde aún se podía oír el murmullo de las conversaciones. Muchas personas observaban sorprendidos a Molly, algunos horrorizados y no pudo dejar de notar esas miradas envidiosas por comer junto al líder de los Iluminados.

—Siempre sorprende tanta gente unida, ¿no es cierto? —le preguntó Owen con naturalidad. Le gustaba aquello del chico, que él pudiera entenderla como si nada. Como si pudiera ver a través de sus ojos—. ¿Cómo lo llevas?

—Ya sabes, normal, intimidada y asustada —se encogió de hombros como si nada, haciendo reír a Owen por unos segundos más. Las personas del cuartel pasaban a su lado y se detenían a mirarla, era algo incómodo... sobre todo cuando ella no sabía cómo devolverles la mirada. Fijó los ojos en su comida, huevos revueltos, y por unos instantes se sorprendió al ver que los Iluminados comían a menudo su comida favorita.

—Mira, *Mol* —empezó, él siempre la llamaba de aquel modo, con total familiaridad como si ambos se conocieran de toda la vida. Le daba una seguridad a Molly que nunca había sentido, como si Owen la pudiera cuidar de cualquier cosa—. Sé que tienes preguntas, yo también las tengo. Hagamos un trato, cada uno hace las preguntas que necesita.

—No tienes que hacer eso, ¿sabes? Puedes preguntarme lo que desees.

—¿Puedo entrenar contigo?

De todas las cosas que había creído que le iba a preguntar, esa fue la más rara que escuchó. Molly había recibido entrenamiento toda su vida, era rápida y tenía la inteligencia necesaria a la hora del combate. Pero desconocía como era realmente entrenar con otra persona que no fuera Moritz. Conocía como era pelear de otro modo que no fuera en su laboratorio. Le resultaba extraño pelear contra Owen, acababa de conocerlo. La pregunta le sorprendió tanto que seguramente si le preguntaba si podía besarla, ella iba a sobresaltarse menos. Aunque claro, uno nunca sabía.

—¿Por qué querrías entrenar conmigo, Owen? Es un...

—Es un privilegio, lo sé —interrumpió su oración diciendo las palabras que Molly no pensaba decir. Las mejillas de la chica se sonrojaron al instante y Owen no lucía confundido, sino que aun creía en lo que decía. Tenía el defecto de mover sus manos cuando hablaba, constantemente Molly llevaba la mirada a sus lastimadas manos y él las bajaba para luego volver a subirlas. Era algo mareante—. Pero tú has sido entrenada por el maestro Moritz. Y... yo nunca podré tener el honor.

—Porque está muerto—añadió Molly sin ningún tono en especial.

—Sí... lo sé —dijo y observó a la chica cuando habló, sus ojos se mostraban preocupados, como si temiera haber enojado a Molly. No estaba enojada *por el «uso»* que él deseaba darle. Se sentía usada, por todos—. Sé que piensas que te estoy usando y yo nunca lo haría, *Mol* —el tono que anteriormente le había llevado sangre a sus mejillas, ahora le enojaba. Hasta deseaba aclararle que su nombre completo era *Mollyana*, pero no quería sonar histérica o cambiante de humor, era algo que Moritz le había dicho que nunca fuera. Además, odiaba su nombre completo. Si bien era *Molly y Ana*, no terminaba de agradecerle.

—No descubrirás nada nuevo entrenando conmigo, Owen.

—Contigo todo es nuevo —remató con una sonrisa. Molly suspiró y continuó comiendo, dando por terminada la conversación. Pero no pudo evitar sentir temblar sus manos cuando volvió la vista a Owen y lo observó sonriéndole como un niño.

• • •

Le gustaban más los zapatos que las botas. Cuando su pie se hundió en el barro del lugar, decidió que le gustaban más las botas que Blood le había dado. La morocha llegó a su habitación con cara de pocos amigos y le lanzó una nueva muda de ropa explicando que Owen la había mandado para *regalarle* una muda de vestimenta de entrenamiento. Era casi lo mismo que se había puesto Molly esa mañana, salvo que los pantalones camuflados eran para moverse mejor y esta vez tenía una chaqueta para no morir de frío. Ella la había llevado en sus manos, pero cuando se encontró con Owen en mitad del camino le dijo que la usara.

Era la primera vez que estaba en el exterior después de mucho tiempo. Owen apoyó una mano en su espalda obligándola a avanzar, pero ella permanecía completamente sorprendida por lo que veía. Con Moritz, pocas veces pudo observar el sol o el cielo con estrellas. Él solo

la dejaba salir en su cumpleaños, siempre le prometía que en su siguiente cumpleaños duraría un poco más de tiempo en el exterior. Solo había visto el cielo diecinueve veces y un nudo en su estómago se creó cuando entendió que ahora podía verlo todos los días que quisiera... salvo que sin su presencia.

Aun así, este exterior era diferente al que alguna vez había vivido Molly. El frío era molesto, se colaba en su cuerpo haciéndola temblar y ahora entendía por qué Owen le había pedido que usara la chaqueta. Las estrellas estaban ausentes, pero en cambio el firmamento era violeta, como si se encontraran cerca de una tormenta pronosticada. Caminaron juntos costeando el refugio y sus murallas. Owen asintió con su cabeza cuando pasó por al lado de varios guardias, como si los conociera y aquello estuviera planeado. Pero fue detrás del cuartel donde él terminó de caminar.

—¿Piensas matarme aquí? —preguntó Molly sin gracia, pero Owen no rio. No era bueno hacer bromas en el cementerio. Ella observó las pequeñas lápidas, preguntándose cuantos familiares de los refugiados se encontraban ahí—. Lo siento, fue una mala broma.

—Está bien, puedes burlarte de ello. A fin de cuentas, soy yo al que le gusta entrenar en el cementerio —admitió sin problemas, observando las tumbas sin interés alguno. Eso alivió el estado de Molly, ya que Owen daba a entender que no había ningún familiar suyo enterrado bajo esas tierras—. Suelo entrenar aquí con Went o Blood, es su lugar favorito.

—¿Favorito? —preguntó Molly confusa, mirando las tumbas y la niebla que había gracias a ellas. Una imagen de Blood y Went besándose le causo repulsión y por momentos creyó que iba a vomitar del asco. Owen pareció notarlo, por lo que finalmente rio.

—No creo que se hayan acostado aquí. No te preocupes.

Suspiró. «Acostado» era un término que nunca había usado en su vida, pero le daba asco el solo pensarlo. Y aparentemente ellos lo usaban con libertad, tenía que aprender a usarlo o no parecer asqueada.

—¿Cómo era la relación entre ellos dos? —ni siquiera se dio cuenta de lo que dijo hasta que finalmente lo dijo. Owen la miró claramente confundido, pero luego llevó una mano a su barbilla para pasarla sobre la barba sin afeitarse. Notó que se movía para entrar en calor, pero ella no lo imitó, tal vez tenía suerte y creía que la conversación era solamente para ejercitar.

—Sí, sé que es raro que haya una relación en el cuartel. O por lo menos que todos sepamos que existe —admitió Owen y Molly dio gracias por la ignorancia del chico—. Eran extraños, Went me confesó que no sentía mucho cuando la besaba y Blood luego me dijo que ella tampoco con él. Ambos habían estado juntos tratando de entender los sentimientos... y fallaron.

—¿Fallaron?

—Exacto. Se volvió físico. Ninguno sintió nada por el otro, Went hasta me admitió que... bueno, acostarse con alguien sin sentimientos no era la gran cosa.

Por un momento Molly quiso, con las mejillas sonrojadas, preguntarle si alguna vez había vivido la experiencia que vivió Blood con Went, pero Owen ya estaba frente a ella

derribándola.

Fue un movimiento rápido y por momentos dudó de la conversación sobre Blood y Went, tal vez había sido solo para distraerla. Su cuerpo estaba lleno del barro del cementerio y el solo pensar que podía estar a metros de los huesos de los Iluminados muertos le dio tal impresión, que golpear a Owen en la ingle fue casi inconsciente. Rápido y efectivo. Moritz le había enseñado aquello llamándolo «los hombres no pueden pelear contra la inteligencia de las mujeres». O de sus rodillas, claro.

—¡Eso no fue justo! —exclamó Owen cayendo a un costado tratando de sobrevivir. Estaba lleno de barro como ella, pero reía como un niño pequeño. Molly se sentó en el barro, observándolo con una sonrisa de chiquilla. Eso no parecía realmente un entrenamiento, sino un juego de niños. Owen trató de recuperarse, pero Molly se puso de pie al instante, haciendo que él cayera de boca al barro.

—Te recomiendo que vuelvas a tu cama —bromeó Molly sonriéndole mientras trataba de quitarse el barro del cabello castaño. Owen resopló divertido, girándose para observarla—. Admito que derribarme fue un rápido movimiento, pero habías olvidado el mejor truco de las mujeres.

—*O el peor.*

• • •

Molly dio un buen salto cuando escuchó la voz de Went cerca de ella y Owen se puso de pie tan rápidamente que se mostró mareado por un segundo. No lo había oído llegar cegada por la diversión que vivía con Owen. Giró sobre sus talones llenos de barro y lo observó. Estaba apoyado en una de las tumbas, mirándolos sin ningún tipo de expresión en su rostro. Llevaba la misma ropa de ellos, como si entrenar fuera su objetivo, pero los había encontrado jugando a las escondidas.

—No tienes que asustarnos así, Went —se quejó Owen escupiendo al piso lo que Molly creyó que era barro. Supuso que entrenar en el cementerio no era la mejor opción. Aunque para ella era la primera vez que peleaba en el exterior, ya de por sí todo era nuevo—. ¿Te unes?

—Quisiera, pero no —negó con tranquilidad. A Molly le agradaba su voz, era una de las cosas que podía aceptar de él. Era tranquila y sin complicaciones, casi en susurros, como si no le interesara subir el tono por nada en especial. Pocas veces lo había visto perder el control de su tono. Molly deseaba que él le leyera alguno de sus libros favoritos mientras trataba de dormir, dándole una tranquilidad que nunca encontraba a la hora de descansar—. Lisa te busca.

—¿De nuevo?

—Ya sabes, *problemas en el paraíso* —comentó Went como si esa fuera una conversación de todos los días. Molly trató de no mostrarse confundida, supuso que había mucha gente importante en el cuartel que no conocía y no tenía por qué lucir de ese modo para que Owen le explicara completamente todo.

—Iré sino se queja que nunca la ayudo. ¿Me esperas? —le preguntó a Molly apoyando una mano en su brazo. Dio un paso hacia atrás cuando la tocó y Owen se sorprendió por eso antes de marcharse sin mirar hacia atrás o comentar algo sobre Went.

Suspiró malhumorada con su persona, odiaba que en realidad se comportara de ese modo. Era la influencia de Went dando vueltas por su territorio, le hacía estar a la defensiva cuando normalmente permanecía tranquila. Iba a esperar a Owen, pero no entendía porque Went no se marchaba.

Realmente deseaba molestarla o intimidarla con su presencia. Pero era bueno para Molly, luchaba contra el miedo que le tenía y se volvía más fuerte cuanto más tiempo pasara cerca de él.

Caminó por el cementerio tratando de lucir distraída o interesada en las tumbas, dos combinaciones no muy buenas. Went permaneció cerca, pero lo suficientemente lejos como para no molestarla, acechándola cual cazador a su presa inocente. No le resultaba molesto a Molly, pero tampoco deseaba ser cuidada constantemente. O en su defecto, custodiada. A veces creía que los Iluminados temían que ella escapara y se marchara a otro lado. Lamentablemente, ellos desconocían que Molly no tenía a donde ir.

El silencio era bueno, pero no aquel silencio, creyó Molly. Solo se escuchaban los ruidos lejanos del cuartel y las pisadas de ambos. El cementerio era un lugar adecuado para los solitarios y los que amaban estar solos. Molly no era una de ellos, pero tampoco le agradaba permanecer cerca de un Guardián o un hijo de ellos. Se detuvo frente a una tumba en particular, ni siquiera supo por qué lo hizo, pero cuando lo notó estaba acariciando las letras de la tumba como si sintiera cariño por ellas.

—¿Es alguien para ti? —preguntó Went detrás de ella, lo suficientemente lejos para leer lo que decía.

Negó volviendo a tocar las letras que rezaban *aquí yace Cynthia, amada esposa*. Alguien había querido a esa mujer, lo suficiente para escribir esas palabras en una roca. Las demás tumbas permanecían sin nombres o mensajes, pero a esa mujer alguien la había querido. Y Molly se sintió sorprendida por tanto cariño que seguramente jamás tendría.

Fijó sus ojos en un pequeño lugar en especial. Notó que Went también dirigía su mirada a aquel lugar. Había dos puertas de acero cerradas con candado, cerca de las tumbas. Went le comentó que era un sótano y que llevaba al cuartel. Le sonrió al ver el rostro incrédulo de Molly y la sonrisa fue lo más sorprendente que vio de él.

—No te muevas —susurró Went finalmente cerca de ella. Inmediatamente Molly se tensó al escuchar sus palabras. Eso había sonado realmente como una amenaza. Cerró los ojos angustiada, pero segura que si él volvía a tratar de acosarla iba a defenderse. De hecho, se había puesto en guardia—. Preséntate, intruso.

Se sorprendió cuando Went pasó al lado de ella, casi tapándole la vista. Tarde comprendió que él estaba no solo tapándola, sino que protegiéndola. Pero lo ignoró, no necesitaba protección y menos de Went.

Frente a ellos se encontraba un Guardián. Molly los reconocía a distancia, sobre todo por

la ropa moderna, los cortes de cabello y los ojos sin brillo. Went no tenía aquello, sus ojos no se parecían a los del Guardián que estaba amenazándolos. Lo observó en silencio, sintiendo la respiración agitada de Went. No parecía ser una amenaza, los miraba como si estuviera perdido.

—Hemos venido a avisarles, Iluminados —dijo en voz alta, como si estuviera practicando las palabras por años. Went alzó su mano y trató de impedirle a Molly que siguiera avanzando, un claro hecho de que estaba protegiéndola. Eso la enfadó más y cuando quiso alejarse de su brazo, él se movió junto a ella. Aquello era ridículo, no necesitaba protección—. Hemos secuestrado a su líder Gabriel.

Went contuvo la respiración como Molly supuso que haría. Gabriel parecía ser importante para ellos, aunque Owen le había dicho que él era el líder. La situación era extraña y poco llegaba a comprender Molly de aquello.

—¿Qué quieren? ¿Negociar? ¿Por qué estás aquí, robotito?

—Queremos a la chica —dijo finalmente, logrando que el escalofrío recorriera todo el cuerpo de Molly. Went extendió su mano por instinto una vez más, deteniéndola, al tiempo que trataba de acercarse al Guardián. Su mano se apoyó en su estómago lleno de barro. Fue una suerte que solo fuera su estómago—. Si no la entregan, mataremos a su líder.

—¡Es nuestra! —soltó él en un grito que hizo temblar a la chica en cuestión, pero nada sucedió—. Escuchaste, es mejor que consigas otro plan. Gabriel es lo suficientemente valiente para escapar. No te daremos a nuestra chica.

Nuestra chica aquello sonaba tan bien en los labios de Went, mucho más en su voz.

—Entreguen a Molly Davies o lo lamentarán.